

## ESPACIOS DE SILENCIO

La propuesta de Esther Villalobos se sustenta en una voluntad de ensimismamiento, también de silencio.

En los tiempos que corren, tan ruidosos y plenos de retórica, la actitud del recogimiento, la renuncia al exceso y el anhelo de equilibrio son virtudes sencillas. Estuve con ella apenas un instanté y aprecié con premura (error imperdonable) sus estampas.

Luego, en otro espacio, me vino a la memoria la ensoñación vivida de un templo en Pusan, el humo ritual, gris transparente, ante el umbral de una puerta saturada de oscuridad en planos superpuestos de sombra, y en el flanco del hueco un cordel rojo, ondulado por la brisa, pendiente de una campana. En la literatura zen la naturaleza, devenida en causa y efecto de todas las cosas, contiene la suma de los pensamientos abstractos y de las verdades más íntimas. Percibí enseguida la familiaridad e inmediatez de ese sueño, su equivalencia con algún elemento perteneciente a un momento próximo, no tan distante como aquella experiencia en Pusan, y encontré su respuesta en las estampas de Esther. La revelación de los vínculos que las unen con la espiritualidad coreana fue ya presentida en una breve conversación.

Como en los artistas de *hanga*, en ella converge la armónica combinación de técnica y espíritu. Las suyas son estampas monocromas en negro. Hay aspectos comunes con el *ishizuri*, una técnica de estampación practicada por los maestros chinos y después heredada por el arte gráfico coreano, basada en el frotamiento de un papel previamente entintado en negro contra la superficie tallada de una matriz. Esther invierte el soporte primigenio contenedor de la imagen. Pinta con tinta negra sobre una lámina de cobre, con o sin trazos incisos previos, y al papel. Sobrepuesta al negro, la gota de sangre adquiere valor de signo, trazo de identidad, similar en al *nackkwan*, el sello de autor estampado en rojo.

A pesar de su aparente transgresión de las convenciones de la estampa (en particular el más recurrente de sus axiomas, la multiplicidad), subyace en las creaciones gráficas de Esther Villalobos el respeto a la ortodoxia. Supongo que la preferencia por el monotipo obedece a la intención de negar los límites taxonómicos que separan la pintura de la estampa. La valoración de la matriz al ser convertida en producto final del proceso, al mismo nivel de consideración que la estampa (negativo y positivo de un pensamiento común hecho imagen), es un testimonio inequívoco de su respetuosa implicación con los principios esenciales del arte gráfico.

Como también lo es la seducción por los materiales, cobre, tinta y papel, consustanciales a la práctica del grabado. Experimentaciones en el taller de Remond Meyer la han conducido a un eficaz empleo de la tinta, al dominio de su comportamiento, al conocimiento de las texturas posibles entregadas al papel en una gama finita, aunque variada y sugerente, de matices de gris.

Quien ama el arte de la imagen impresa es consciente de la evocadora materialidad del papel y su importancia en la aprehensión táctil de la obra. En el sutil territorio de la elección del papel es donde se manifiesta con mayor intensidad la sensibilidad del artista. Esther sabe a lo que me refiero. Su aprecio del *hanji*, el papel de fibras vegetales y escaso gramaje, casi traslúcido, no es casual. Revela una actitud intimista, el

entendimiento de la estampa no sólo con la mirada sino a través del tacto, la necesidad de acariciar. Además de pintura, la obra de arte soportada en papel es también escultura, participa de aspectos sensoriales propios de lo escultórico porque el papel en su condición material reclama ser tocado. De forma autónoma, o adheridos, con engrudo a otros papeles de mayor gramaje, los *hanji* de Esther Villalobos muestran un formato vertical y alargado inspirado en la tradición de los *kakemono-eban* y, como aquellos, pueden ser concebidos dentro de una estructura secuencial de polípticos.

Técnica y espíritu. El silencio de la imagen es consecuencia de una búsqueda interior. Ensimismada, la abstracta concreción de un pensamiento subjetivo, el de ella, el nuestro. Por eso estas imágenes hacen factible la ensoñación. Cada una de sus obras demanda la inmersión de quien la ve dentro de un paisaje interior dominado por la simplicidad esencial. Ese paisaje no está construido, obviamente, a partir del conocimiento empírico de la realidad. Es la plasmación de un estado del alma, el resultado de un proceso de introspección diluye lo objetivo en los límites imprecisos de las sombras. Asombrar es obscurecer, pero también maravillar.

Extendió sus delicados papeles cubiertos de tantos negros como permite la escala de grises. La vibrante gota roja, sello y señal. me hablaba de ella sin yo saberlo. Se mantuvo durante el fugaz instante de nuestro encuentro casi en silencio.

Estoy en deuda con sus imágenes por ulteriores momentos de profunda serenidad.

Javier Blas

Director de la Calcografía Nacional